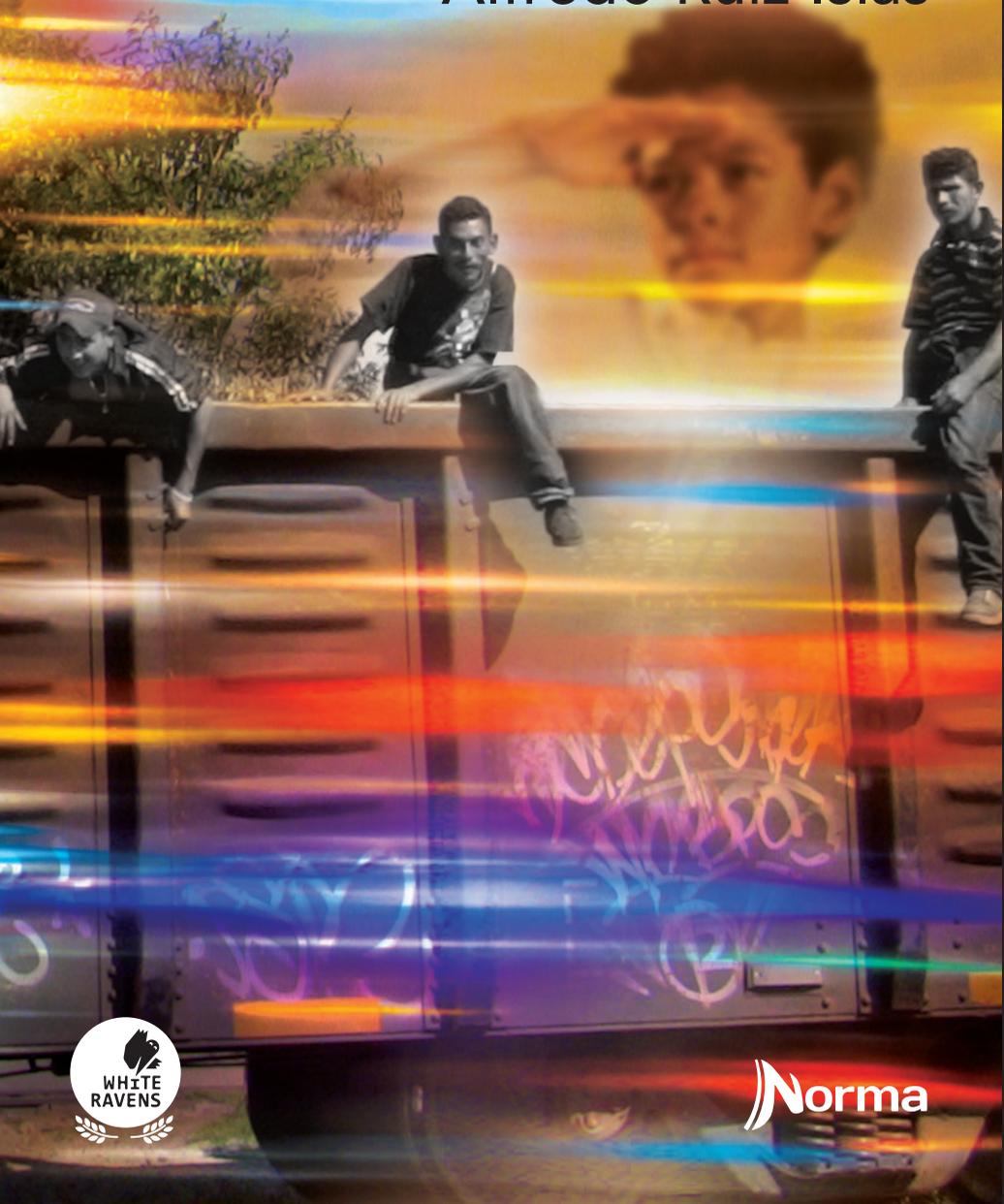


**ZONA  
LIBRE**

# El viaje a la nada

Alfredo Ruiz Islas



**Norma**





---

**ZONA  
LIBRE**

*El viaje a la nada*



---

**ZONA  
LIBRE**

*El viaje a la nada*

Alfredo Ruiz Islas

**Norma**

[mx.edicionesnorma.com](http://mx.edicionesnorma.com)

Bogotá, Buenos Aires, Ciudad de México,  
Guatemala, Lima, San José, San Juan  
y Santiago de Chile.

863.7

R86

2017 Ruiz Islas, Alfredo

*El viaje a la nada* / Alfredo Ruiz Islas. — México :  
Norma Ediciones, 2017.

127 páginas. — (Zona libre)

ISBN: 978-

1. Novela mexicana — Siglo XXI. 1. Literatura mexicana — Siglo XXI. 3. Literatura juvenil — Siglo XXI. I. t. III. Ser.

D.R. © 2017, Alfredo Ruiz Islas

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, Colonia Acacias,  
Delegación Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta  
obra sin permiso escrito de la Editorial.

\* El sello editorial “Norma”, está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,  
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Primera edición: septiembre de 2017

Segunda reimpresión: agosto de 2020

Gerencia Editorial: Lorenza Estandía González Luna

Edición: Juana Lizbeth Alvarado Mota

Corrección de estilo: Javier Munguía

Coordinación de diseño y diagramación: Carlos García Ortega

Diseño de cubierta: Carlos García Ortega

Fotografías de cubierta: Hilda Marylin Alvarado Leyva y Getty images

Impreso en México — *Printed in Mexico*

ISBN: 978-607-13-0676-0

## *Contenido*

1.....	11
2.....	21
3.....	27
4.....	33
5.....	39
6.....	45
7.....	53
8.....	59
9.....	65
10.....	75
11.....	85
12.....	91

13.....	101
14.....	109
15.....	119

*A mi madre*

*A mi hermana*

*Por todo*



**E**l sándwich se mece lentamente, izquierda, derecha, a unos cuantos centímetros de su cara.

Izquierda, derecha.

Tíc, tac.

Una y otra vez.

Lo sostiene una mano enorme, morena, de uñas mal cortadas. Quizá mordidas. De vez en cuando simula alejarse, pero a los pocos instantes regresa y reanuda su ritual.

Izquierda, derecha.

Tíc, tac.

Toma. Come un poco, dice. La voz del hombre —camisa café, pantalón caqui, gorra tam-

bién café, con visera— es ronca. Pero al mismo tiempo es amable. Sus ojos se posan en el niño que, sentado en el suelo, no pierde de vista los movimientos del sándwich. Lentamente, sus labios se curvan hacia arriba en una sonrisa.

¿No tienes hambre? El chico se encoge de hombros, como si no importara. O, tal vez, como si no hubiera más remedio que estar hambriento. Después de todo, lleva dos días en el mismo sitio. Dos días en los que a veces está sentado en un rincón, con la espalda recargada contra la pared, y a veces se levanta a dar unos cuantos pasos para que las piernas no se le agarroten. Dos días en los que ha comido y bebido lo que buenamente le regalan otros individuos con gorritas simpáticas y que nunca parece ser suficiente. Una fruta, una galleta, un buche de agua. Dos días en los que su mirada ha ido de las paredes grises de la habitación a los escritorios que se acomodan por acá y por allá, y de ahí, a la puerta de cristal que cada cierto tiempo se abre para dejar paso a hombres y mujeres bien o mal vestidos, solos o acompañados, con cara de indignación o del más completo abatimiento.

¿No?

La mano del niño se estira y coge el sándwich. Después, con mucha parsimonia, le quita la servilleta que lo envuelve y comienza a comerlo sin fijarse siquiera qué es lo que se esconde en medio de las dos rebanadas de pan. El hombre de la gorra lo mira unos instantes, sonrío y después camina hacia el escritorio que le queda más cerca: justamente el que se ubica debajo de un letrero

blanco con grandes letras negras que dicen «INFORMES» y donde, para no variar, en este momento no hay nadie que dé ningún informe a las personas que, pacientes, aguardan de pie frente a él.

El niño saborea el sándwich —jamón, queso, un poco de mayonesa y otro de mostaza, jitomate y aguacate— mientras sus ojos vagan de un lado al otro de la habitación en la que se encuentra, un rectángulo de veinte metros de ancho por quince de profundidad pintado de color gris. Por dentro y por fuera. Paredes grises, techo gris, piso de cuadros gris claro y gris oscuro. Acá, una puerta doble, de cristal. Allá, unas cuantas ventanas. No muchas. Tampoco muy grandes. Ventanas normales, provistas de vidrios oscurecidos que impiden el paso de la luz y que, por lo mismo, obligan a que en el interior siempre estén encendidas las luces. Unas luces fluorescentes, de esas que emiten una luz enfermiza y que, sin excepción, dan a todo lo que tocan la impresión de pertenecer a un hospital. O a una tienda de barrio. O a una oficina llena de burócratas mal encarados. Luces que parecen tener como única finalidad matar los ánimos y sumir todo en la monotonía más deprimente. Luces que siempre harían un mejor papel si estuvieran apagadas. Más de uno lo agradecería.

El niño se mete un dedo a la boca para sacar la piel del jitomate que se le ha incrustado entre los dientes mientras observa a la gente que se arremolina en torno al escritorio marcado con el letrero de «INFORMES». Son ocho personas: tres, dos, dos, una. Los primeros, cubiertos de polvo y de sudor, con el miedo pintado en

los rostros y la boca seca de andar de acá para allá, buscan a un señor que responde al nombre de Procopio Aguarrás. Los dos siguientes, de traje, corbata y portafolios, serenos y profesionales, preguntan por la señorita Yewande. Dos más —un tipo de sombrero, el otro con pantalones de mezclilla— quieren saber si alguien tiene algún dato acerca de la familia Perejil Gafas: padre, madre y dos niñas. El último, peinado con una coleta y vestido con una bata de seda roja estampada con dragones, lleva un papel en las manos, plagado de signos que a nadie le dicen nada, pero que cualquiera puede suponer que indican un nombre, o varios nombres, junto con alguna descripción de la persona a la que corresponde el nombre indicado en primer lugar. Todos, los ocho, necesitan lo mismo: informes. Todos buscan a una persona o a varias personas y necesitan saber dónde están. Si esas personas, por alguna casualidad cercana a lo milagroso, estuvieran ahí, en el edificio gris —porque puede ser que no, que estén en cualquier otra parte—, ya verán qué es lo que pueden hacer para sacarlas y llevarlas consigo. Si es que pueden hacerlo. Si tienen que pagar o no, o entregar papeles o tampoco, o ponerse de rodillas y rogar. O si nada de eso funciona y tienen que salir de ahí como han llegado: con las manos vacías.

Detrás del escritorio por lo general no hay nadie. Nadie que informe, nadie que responda preguntas, nadie que se interese por lo que sucede con la gente que llega. Cerca, muy cerca del lugar de los informes —o de los no informes, como se quiera ver— se acomodan otros escritorios en hileras irregulares. En esos sí hay hom-

bres y mujeres vestidos de colores serios que trabajan en distintos asuntos. Sin embargo, a ellos parece que no les interesa caminar unos pocos pasos y averiguar qué es lo que quieren esos que van llegando. Como tampoco le interesa a los sujetos de las gorritas de aspecto simpático, que se dedican a pasear de acá para allá, sin rumbo fijo. Vigilan. ¿Qué? Nadie lo sabe. A veces salen en misiones desconocidas para los demás y regresan a las pocas o a las muchas horas, con cara de éxito o de frustración. A veces. Por lo general solo miran a un lado y al otro, se hacen señas, toman de vez en cuando sus radios y farfullan palabras que no se entienden. Claves y códigos misteriosos. Pero no tienen la menor intención de solucionarles sus problemas a los que están parados frente al mostrador. Después de todo, dicen, no es su trabajo.

El niño termina el sándwich, se limpia los labios con la servilleta y mira en todas direcciones un par de veces. Sus ojos se entrecierran cuando ubica, justo en la pared opuesta de la habitación, un bote de basura. Se levanta, hace una bolita con la servilleta y camina con pasos cortos rumbo a su destino, sin fijarse en las miradas que le lanzan de acá y de allá las ocho personas que aguardan por informes, los hombres de las gorras cafés y hasta algunos de los que se ubican detrás de los escritorios. Él no ve a nadie. Circula de una pared a la otra, levanta la tapa metálica que cubre el bote y, sin más ceremonias, deja caer la servilleta. Solo entonces se permite desparramar la vista a su alrededor y mirar el espacio en el que su vida ha transcurrido durante los últimos dos días. El rincón en el que se sienta a ver la vida

pasar —o a dormir, según si el sueño lo invade o no—, el metro cuadrado que ocupa la mayor parte del tiempo el hombre de la gorra café, la inmensidad de la habitación llena de escritorios, sillas, computadoras, impresoras, un par de ventiladores, dos percheros desvencijados.

Sus ojos se detienen en los barrotes que, en la pared más lejana al sitio en el que se encuentra, rompen con la monotonía gris de las paredes. Barrotes verdes, gruesos. Los barrotes de una reja que solo se abre cuando los hombres y las mujeres vestidos con trajes de colores serios se levantan de sus puestos de trabajo en los escritorios y hacen señas al guardia a cargo para indicarle que necesitan ir «allá atrás». Armados con un papel, cruzan la reja y, después de recorrer un pasillo malamente iluminado, se detienen frente a alguna de las cuatro rejas de menor tamaño que, a su vez, guardan el ingreso a cuatro celdas. Celdas que apenas miden tres metros por tres, equipadas con cuatro planchas de cemento cada una, a las que algún simpático decidió nombrar «camas». En cada celda se apretujan ocho o diez personas, hombres y mujeres de todos los aspectos y todas las edades a los que el calor fustiga durante el día y el frío tortura por las noches. Personas a las que nada más se da lo indispensable para calmar su hambre y su sed. Personas que, abatidas, aguardan a que algo suceda, sin tener otra cosa que hacer que recostarse en el cemento, sentarse en el piso o simplemente quedarse ahí, de pie, a mitad de ningún sitio. Y esperan. Noche y día. Uno tras otro.

Desde su puesto de observación, el chico no alcanza a vislumbrar lo que sucede en las celdas. No sabe de gente apretujada, de raciones insuficientes o nauseabundas, de horas que parecen no transcurrir, de frío ni de calor. A pesar de todo, se lo imagina. Los rostros sudorosos y angustiados de los que salen por la reja se lo dicen con cierta claridad. La forma en que se abrazan a sus parientes o amigos. Las lágrimas que surcan las mejillas. Lo sabe y, al mismo tiempo, lo siente. Él también está solo. Quizá está un poco mejor acá, afuera, de lo que estaría allá, adentro. Sin embargo, de un modo o de otro, afuera o adentro, está solo.

Pensativo, el chico atraviesa de nueva cuenta el salón de color gris, pasa una vez más frente al escritorio de no informes —donde, como es natural, sigue sin haber alguien que atienda—, regresa a su lugar y se sienta en el suelo. Tiene la cabeza baja, las piernas recogidas y los brazos alrededor de las pantorrillas. Está inmóvil. Cualquiera diría que duerme, pero no es así. Sus ojillos vivos van de un lado al otro, lo miran todo, lo registran todo. Nada parece escapar a su atención.

Nadie sabe de dónde ha venido ni adónde se dirige. Si es que se dirige a algún lado. Lo único que los hombres de gorra adivinan es que el niño no es de ahí. Viene de lejos. De muy lejos, quizá, a juzgar por el color de su piel. De África, dice alguno. Lo más seguro es que no, le contesta otro. Yo una vez fui al sur y me encontré gente como él. Así, de su mismito color, con sus mismitos cabellos, los labios gruesos y la nariz ancha. En el sur o en la costa, interviene un tercero. Pero no es

de aquí. El enigma crece porque, para colmo, el niño no dice una palabra. Le han preguntado su nombre, su edad, de dónde es y qué es lo que busca, pero no han conseguido nada. Él solo se encoge de hombros y lanza unos suspiros profundos, de esos que conmovieran hasta las piedras. De vez en cuando se pasa una mano por los cabellos rizados, se levanta, da unos cuantos pasos para desentumecerse y retorna a su misma posición en su mismo rincón. Los uniformados lo miran y lo dejan estar ahí. No debería, por supuesto. Su lugar está detrás de la reja verde y más allá del pasillo sombrío, en alguna de las celdas. Sin embargo, lo ven tan pequeño que lo dejan estar ahí. Ha permanecido de este lado desde que llegó hace dos días, traído por un tipo de uniforme gris y azul al que regañaron por haberle puesto unas esposas, que de inmediato le quitaron. Ha de tener seis años, dice uno. O cinco, aventura su compañero. No tienen forma de saber que, en realidad, tiene ocho, pero es de talla pequeña.

Durante horas, el niño permanece en la misma posición. No mueve un brazo, una pierna, un dedo siquiera. Nada. Solo, de vez en cuando, su rostro muestra lo que pasa por su cabeza. Quizá algún pensamiento alegre que le dibuja una leve sonrisa. Uno triste, que le curva los labios hacia abajo. O uno más profundo, que le hace fruncir el ceño. Como sea, es todo lo que mueve. Hasta que, sin avisar, se pone de pie y camina. No se acerca a la puerta; tampoco, al mostrador; mucho menos, a los escritorios. Solo camina. Los guardias aprovechan esas ocasiones para acercarle a su lugar alguna fruta, un poco de agua. El niño los mira, toma algo de lo que le han dejado,

agradece con un gesto y come despacio, masticando lentamente lo que sea que caiga en sus manos. Termina, tira los restos en el bote de la basura y regresa a su inmovilidad, a sus gestos, a los pensamientos que van y vienen a través de su cerebro.

Los hombres de gorra lo miran con curiosidad. Después de todo, es una pequeña incógnita que rompe con su rutina. Algo en qué pensar para dejar a un lado los gritos, el llanto, los malos gestos. Un poco de paz. Solo eso. Desgraciadamente, no dura mucho. De repente, la puerta se abre y la sala se llena de personas que hablan al mismo tiempo, que manotean, que exigen ver a este o a aquel. Los uniformados se aplican a su trabajo y se olvidan del niño que, a pesar de todo, sigue ahí. Atento solo a las imágenes que se dibujan en su mente.